ción; y si en esta perfección enfocáramos nuestra mente con sostenida perseverancia, cumpliríamos el divino mandato: sed perfectos como el Padre que está en los cielos lo es.

## CAPÍTULO II

## DICHA Y ÉXITO

Quien piensa en la enfermedad, la pobreza y la desgracia, topará con ellas y caerá en sus garras. Pero, ignorante de la estrecha relación entre el pensamiento y sus efectos, achacará a la fatalidad cuanto le suceda, sin reconocer sus propios engendros.

La pobreza es el infierno más temido por los

ingleses de hoy. CARLYLE.

La pobreza es un infierno cuyas abiertas fauces bostezan tras la civilización. Enrique George.

La riqueza se ha de labrar primero con la mente.

La corriente de abundancia no fluirá hacia el pensamiento mezquino, ruin y desconfiado.

Quien mantiene pensamientos de pobreza se pone en contacto con las condiciones que la engendran.

A menos que no pueda remediarlo, ningún hombre tiene derecho a permanecer sujeto a condiciones embarazosas y deprimentes de su legítima ambición. Su dignidad le exige substraerse a semejante ambiente y su deber es colocarse en posición decorosa e independiente,

DICHA Y ÉXITO

de modo que, en caso de enfermedad u otras contingencias, no sea una carga para sus amigos ni hayan de

sufrir quienes de él dependan. Casi todos los multimillonarios americanos dirían que la época más dichosa de su vida y la más abundante en

la época más dichosa de su vida y la más abundante en satisfacciones fue aquella en que empezaron a salir de la pobreza, y los primeros ahorros les infundieron la seguridad de que la miseria no volvería a seguirles los pasos. Entonces vieron ante sí la posibilidad de mejorar y alegrar la vida de los suyos con desahogadas comodidades que antes no les consentía la pobreza, y tuvieron medios de educar a sus hijos de modo que no hubiesen de luchar tan penosamente como ellos lucharon. Entonces advirtieron que podían ayudar a otros a dar los primeros pasos en el mundo y que su reducido círculo de acción se dilataba en amplia esfera y les descubría más extensos horizontes.

Hay numerosísimas pruebas de que estamos destinados a grandes y sublimes hechos y que nuestro patrimonio es la abundancia y no la pobreza. La miseria y la penuria no son el estado normal en la naturaleza del hombre; pero nuestra falta está en que no tenemos la confianza que deberíamos tener en el bien que Dios nos ha reservado. No nos atrevemos a dar alas a los anhelos de nuestra alma, y como tan sólo pedimos y esperamos menudencias, no se abre nuestra suerte al caudaloso flujo de la abundancia. Tan restricta es nuestra mentalidad y tan oprimida está la expresión de nuestro ser, que pensamos ruin y mezquinamente, contrariando la plena fe que habría de tener el alma en recibir cuanto anhelosamente pidiera.

Dios nos sustenta con su poder y siempre da, liberal y generosamente, sin restricción ni limitación, y sin que lo empobrezcan los distribuidos dones, pues su naturaleza es dar y satisfacer los anhelos de nuestro corazón. No tiene menos, aunque mucho le pidamos. La rosa no ha de pedir al sol que le dé un rayito de luz y una chispita de calor, pues la naturaleza del sol es irradiar luz y calor sobre todas las cosas, de suerte que cada una los absorba según su capacidad. Cuanto más amables y amistosos seamos, mayor aptitud tendremos para la amistad y el amor.

Uno de los más profundos secretos de la vida está en entregarnos del todo a la educación de nuestra energía espiritual y utilizarla con entera eficacia. Quien logre convertirse así en una fuerza efectiva, reduplicará multimillonariamente su valía, porque será entonces cooperador de la misma naturaleza, hasta un punto que jamás hubiera podido soñar. Cuando nos convenzamos de que todo bien emana libremente de Dios y nos coloquemos en perfecta armonía con Él, después de haber sofocado en nosotros la bestia con todas sus impurezas, lo veremos sin nubes que nos lo oculten. Sólo los limpios de corazón verán a Dios.

Cuando desechamos el injusto deseo de sobreponernos a nuestros prójimos nos acercamos tanto a Dios, que a nosotros fluye espontáneamente cuanto de bueno existe en el universo. El daño está en que restringimos el divino flujo con nuestros malos pensamientos y malas acciones. Cada infracción de la ley es un velo que nos aleja de Dios y nos aparta del bien.

Si dilatáramos nuestra mente de modo que no nos

DICHA Y ÉXITO

cohibieran mezquinos pensamientos, veríamos cómo vienen en busca de nosotros las cosas que andamos buscando, y las encontraríamos a medio camino.

Esta misma idea expresa hermosamente Juan Bu-

rroughs en su poesía Esperando, al decir:

No me encolerizaré ya más contra el hado, porque he aquí que a mí viene lo mío. Despierto y dormido, de noche y de día, los amigos que busco me buscan a mí. ¿Qué me importa estar solo? Gozosamente espero los venideros años, cuando mi corazón coseche lo que sembró y todo lo mío reconozca mi rostro.

Ni tiempo, ni espacio, ni cumbre, ni abismo alejarán de mí lo mío.

No os quejéis de que os falte esto o lo otro. Cuando decís que no tenéis lo que otros tienen ni podéis hacer lo que otros hacen, ennegrecéis más y más los sombríos cuadros de vuestra imaginación. Mientras lamentéis vuestro infortunio y penséis en vuestras desgracias, no atraeréis con la mente lo que buscáis para remediar vuestras adversas condiciones.

Muchos suponen que las comodidades, riquezas y placeres, las suntuosas moradas, los trajes lujosos, las ocasiones de viajar y divertirse, son patrimonio exclusivo de los predilectos de la fortuna, sin que ellos puedan tener parte en la herencia de las clases acomodadas.

Pero el que está en distinta clase social es porque él mismo se considera de inferior condición, pues cada cual limita el lugar que ocupa y levanta barreras entre su pobreza y la abundancia. ¿Y por qué ley habríamos de lograr lo que de antemano tememos no recibir? ¿Qué lógica nos reportará bienes que de antemano suponemos inaccesibles a nuestra posesión? Las limitaciones están en nosotros mismos y no en el Dios que para sus hijos dispuso cuantos bienes colman el universo; y si no los tomamos es porque nosotros mismos nos lo impedimos.

Uno de los mayores azotes del mundo es creer necesaria la pobreza y que forzosamente ha de haber pobres; pero en el plan del Sumo Hacedor no puede admitirse como finalidad de la vida el estado de pobreza. Ni un solo pobre es necesario en el mundo, porque llena está la tierra de riquezas aún vírgenes. Somos pobres en medio de la abundancia, a causa de la obcecada limitación de nuestros pensamientos.

El pensamiento es una fuerza constitutiva del carácter

y reguladora de la conducta.

No exige la ley natural que nos atormentemos para lucrar en una profesión u oficio, en vez de aprovecharnos de ella para mejorar nuestro carácter, pues si fuésemos hombres enteramente normales y equilibrados, advertiríamos que nuestra profesión u oficio es uno de tantos elementos concurrentes a la formación del carácter. El supremo anhelo de la cultura mundial tendría que ser la obtención de un soberbio tipo de virilidad que, en vez de afanarse como hoy por los bienes materiales, atendiese preferentemente al desenvolvimiento y perfección de las cualidades morales.

Desechemos, por lo tanto, ideas de pobreza y esperemos confiadamente la prosperidad para que nuestra acti-

DICHA Y ÉXITO

31

vidad, aplicada a este pensamiento, dé realidad a los legítimos anhelos del corazón.

Dios no ha creado a sus hijos para el envilecimiento, sino para la aspiración; para mirar arriba y no abajo;

para el bienestar, no para las privaciones.

Si tuviésemos más amplio concepto de la vida, no temeríamos aspirar a la posesión de nuestro divino patrimonio, en vez de languidecer y penar atormentados por la duda o la tibia fe en el abundoso porvenir que nos

aguarda por ser hijos de Dios.

Lástima dan multitud de gentes desconocedoras de su divina estirpe, que desfallecen en las márgenes del río de la abundancia, sin darse cuenta de que las condiciones de vida, las circunstancias sociales, los amigos o enemigos, la pobreza o riqueza, nuestra situación presente, son en mucha parte resultado de la actitud mental de cada uno, pues todo cuanto obtengamos hemos de recibirlo por el portazgo de la mente y ha de estar en armonía con la índole de nuestros pensamientos.

A no ser por grave quebranto de salud o irremediable desgracia, casi todas las gentes que, año tras año, se arrastran entre la miseria y la pobreza, es porque man-

tienen una siniestra y viciosa actitud mental.

Quien está descontento de su estado, se queja de su suerte y se revuelve contra el sino, probablemente hallará, si reflexiona, que sólo él es culpable de las adversas condiciones domésticas, mercantiles o sociales que deplora.

La rectitud de pensamiento es necesario antecedente de la rectitud de conducta; del pensamiento puro deriva la pureza de vida; y los generosos anhelos de prosperidad, acompañados del inteligente esfuerzo de realizarlos. determinarán los favorables efectos de la recta actitud mental.

Si confiamos implícitamente en Dios, dispensador de todo bien, fuente de infinita riqueza, que nos ordena no atormentarnos con las desconfianzas del mañana, pues alimenta a las aves del cielo y viste a los lirios del valle, de seguro que no sabremos qué es necesidad, con tal de poner por nuestra parte los medios convenientes para mejorar de situación.

Apenas sospechamos la mitad de lo que somos capaces, y de aquí la mezquindad y escasez de cuanto logramos, pues nuestro pensamiento se enfoca en la apetencia de cosas que no valen la pena de luchar por ellas, sin advertir que es contraria a la natural constitución del ser humano la carencia de lo verdaderamente apetecible.

Colocaos en armonía mental con lo que necesitéis; concentrad vigorosamente en ello vuestra voluntad, y,

si no dudáis, de seguro que lo recibiréis.

La pobreza es muchas veces una enfermedad mental. Quien la padezca se sorprenderá al ver cuán pronto mejoran sus condiciones de vida no bien cambie de disposición mental, convirtiéndola de la escasez a la abundancia, del infortunio y miseria a la dicha y prosperidad.

El éxito es el resultado de un proceso rigurosamente científico. Quien anhele prosperidad, ha de creer en su logro y confiar en su habilidad para labrarse una fortuna. No ha de iniciar su labor con la mente llena de dudas y temores, pues mientras piense y hable como pobre, obrará y andará pobremente. Ha de volver el rostro hacia el objeto de sus legítimas aspiraciones y

repeler toda imagen contraria al ideal forjado en su mente.

Miles de gentes hay que parecen resignarse con su pobreza y nada intentan para mejorar de posición, por haber perdido la esperanza de conquistar su independencia.

Muchos son pobres precisamente porque temen la pobreza y admiten la posibilidad de que algún día les falte lo necesario para vivir y les acometa la miseria. Los hijos de estas familias se crían en ambiente de pobreza, y de la mañana a la noche no escuchan más que lamentaciones sobre la imposibilidad de remediarla, por lo que no es extraño que, sugestionados por tan mezquinos pensamientos, perpetúen las míseras condiciones en que vivieron sus padres.

Por negro que aparezca el porvenir y por muy duras que sean las circunstancias, hemos de rechazar enérgicamente cuanto nos desfavorezca y esclavice y mantenernos al nivel de lo mejor que en nosotros exista.

Si, por ejemplo, un joven estudia la carrera de leyes sin esperanza de ingresar en el foro y creído de que nunca será jurisconsulto, ha de fracasar forzosamente. Siempre estamos en disposición de lograr lo que esperamos, y quien nada espera, nada alcanza. El río no puede llegar a más alto nivel que su fuente ni nadie puede ser rico si de continuo piensa en que no ha de salir de pobre.

Nadie ha de creerse condenado a pobreza vitalicia como si estuviese de antemano impedido para alcanzar lo que otros lograron, pues quien tal piense no adelantará un paso en su carrera. Todos debemos volver los ojos hacia el sol de la esperanza y la prosperidad, porque el éxito y la dicha son el inalienable derecho del género humano.

Todos somos arquitectos de nuestro destino, pues a cuanto hagamos en la vida ha de preceder su correspondiente plan.

Quien se proponga levantar el edificio de su prosperidad ha de representárselo primero en la mente con líneas bien definidas, de suerte que le sea fácil revestirlo de los elementos de abundancia y riqueza material. La imaginación ardiente suele ser una de las facultades más prácticas, porque los creyentes y soñadores de hoy ven mañana realizados su fe y ensueño.

Por lo tanto, forjaos nuevas imágenes, nuevos ideales de plenitud y abundancia, para llegar a la riqueza espiritual.

Pensemos en que Dios es nuestro proveedor, pongámonos en armonía con Él y recibiremos aliento y esperanza.

No siempre es pobre quien no tiene posesiones, sino, antes bien, el mezquino de ideales, afectos, simpatías y sentimientos; el que forma pobre opinión de sí mismo, de su suerte y de sus aptitudes.

Pocos se percatan de la posibilidad de realizar proezas mentales, de que todo ha de planearse en el pensamiento antes de plasmarlo en la materia.

Morgan y Rockefeller forjaron en su mente condiciones de prosperidad y riqueza. Los grandes negociantes trabajan apenas con sus manos y casi todo lo fabrican con el pensamiento, como soñadores prácticos, cuya mente se baña en el infinito océano de energía, y planean cuanto el anhelo idealizó, de la propia suerte que la semilla contiene todos los elementos del futuro árbol.

Para prosperar hemos de colocarnos en actitud mental de confianza y éxito respecto del objeto que nos proponemos lograr. Así nos libraremos de la pobreza mental antes de vencer la pobreza física.

La opulencia, en su recta acepción, consiste en poseer cuanto sea bueno para nosotros, en la abundancia de lo que embellece y realza la vida, de lo que enriquece nuestra individualidad y nos sirve de experiencia.

La verdadera riqueza es la íntima y plena conciencia de nuestra unión con Dios, la integridad de carácter, que el infortunio no alcance a quebrantar.

## CAPÍTULO III

## CONTRA LA CORRIENTE

Quien encamina sus pasos por el sendero del fracaso ¿cómo ha de llegar a los términos del éxito?

Nadie imagine realizar su anhelo si boga contra la corriente de la esperanza.

La mayoría de las gentes no miran la vida como se debe e invalidan con ello gran parte de sus esfuerzos porque se desaniman y repelen precisamente lo que van buscando, por sostener una actitud mental contraria a su propósito. No trabajan con aquella seguridad en el triunfo, con aquella determinación y confianza que esclavizan el éxito y son incompatibles con el fracaso.

Anhelar riquezas y temer de continuo la pobreza con la incesante duda de nuestra aptitud para el logro, es lo mismo que ir a oriente por el sur.

Quien ansíe el éxito ha de pensar en él progresiva, creativa, constructiva, inventiva y sobre todo optimistamente. Cada cual va en la dirección a que da frente.

Pobre será quien mire hacia la pobreza; pero si se